

MARÍA JOSÉ GARCÍA ESCOBAR



XXXV EXALTACIÓN DE SANTA MARÍA DE LA ALHAMBRA

Iglesia de Santa María de la Encarnación

Granada, 18 de marzo de 2018

DOLOR POR DOLOR

Los dolores del alma causan hondas heridas. Lo sabemos bien, porque todos estamos hechos de la misma materia. Todos somos barro y como barro nos derrumbamos bajo la mirada de nuestro Creador.

Por eso podemos decir, sin temor a equivocarnos, que nuestros cortejos son un mar de barro. Una riada tierna y maleable, un torrente de almas dispuestas a dejarse moldear por la voluntad de Dios. Un rosario de vidas silenciosas a la búsqueda de un sentido, a la espera de una intercesión, agradecidas por una gracia recibida. En nuestros cortejos procesionan tantas intenciones como almas. Eso es algo que sabemos bien quienes hemos podido mirar a los ojos de nuestros penitentes, de nuestras camareras, de nuestros acólitos. En la intimidad de nuestros templos, bajo cada capillo, bajo cada mantilla, bajo cada roquete hay un hombre o una mujer hechos de barro, de frustración y de esperanza. Un alma a la busca y captura de Dios.



Hace años, cuando se formaba uno de esos cortejos dentro de este mismo templo, había en la sacristía una de esas almas heridas. Venía a cumplir una promesa. La movía una esperanza o un arrepentimiento, tanto da, pues poco podemos saber nosotros, pobres mortales, del alma de los otros. Pero, en cualquier caso, la movía el ejemplo de una Madre rota de amor, traspasado su corazón por el puñal del dolor.

Así que hay en la sacristía alhambreña un alma rota, pero también una historia de amor. Es una historia idéntica a cualquiera otra, aunque también distinta. Su Madre lo sabe, porque para Ella todos sus hijos son iguales y cada uno de ellos es excepcional. Como este hijo. Como esta alma.

El joven poeta Federico García Lorca ha venido a ofrecer el desorden de su nombre a la Señora de Dolores. Ha venido herido, con el alma rota, para aprender de esperanzas y promesas realizadas. Para aprender del dolor de la que es Señora de Dolores. Ha venido a contrastar su dolor con el dolor. Dolor por dolor.

Porque ha sido un año difícil y no hay dónde refugiarse. Porque Madrid es un rompeolas y Granada el remanso en que vivir la experiencia del barro del que estamos hechos. Dolor por dolor.

Porque solo Dios lee en los corazones y su Madre es la Virgen del sí. Porque la Iglesia está para acoger y una cofradía es hermandad más allá de las nóminas. Dolor por dolor.

Porque ha pasado ya la medianoche y es Jueves Santo. Porque el Amor Fraternal nos hace a todos iguales y así lo dejó escrito el poeta: «Me habéis hecho mucho bien. Dios os lo pague». Dolor por dolor.



Años después, en una noche más templada que la de ese marzo de 1929, el poeta ya consagrado, el granadino de Nueva York, el dramaturgo de las Américas, quizá recordara al consiliario, padre Villatoro, que hizo todo lo posible porque cumpliera su promesa a la Virgen: le había hecho mucho bien. Quizá recordara a ese

miembro de la Directiva, Martín Campos, que propuso vestirlo con el hábito de la hermandad, por conservar su anonimato: le había hecho mucho bien. Quizá recordara a otro directivo más, Rodríguez Carrascosa, el cual pensó que bien podía llevar una insignia, puesto que así no necesitaría capirote: le había hecho mucho bien.

Esa templada noche de agosto de 1936, el poeta bien pudo recordar el frío del empedrado alhambrenño que traspasaba sus pies descalzos bajo el peso de la Cruz Guía. Los montes abruptos de Víznar acaso le recordasen la Sabica y por un momento pensase que esa primavera de 1929 había recorrido su propio Vía Crucis, bajando y subiendo su propio Calvario. Y acaso sintiera que ese bien que le habían hecho personas de bien, que ese dolor que había confiado al regazo de la Virgen de Dolores, no está hecho a la medida de nuestro barro. Que nos pueden el pecado y la muerte, y que sólo por nosotros mismos no somos capaces de zafarnos de ellos.

Bajo las estrellas y la luna que él tantas veces vistió con polisón de nardo, Federico confía estos pensamientos y su dolor a la Reina de la Alhambra. Ya lo había hecho esa madrugada de Jueves Santo, y sospechaba que el dolor de esta noche de agosto había de ser el postrero. Ella conocía el camino del Vía Crucis que le había traído hasta estos montes de Víznar. Y él ya había experimentado el amor del corazón traspasado de la Madre bendita. Y entonces acaso rezó. Con el corazón roto, con angustia infinita, dolor por dolor, quizá comprendiese las palabras que había escuchado al católico poeta y con ellas le rezó a su Madre de los Dolores:

*He aquí helados, cristalinos
sobre el virginal regazo,
muertos ya para el abrazo,
aquellos miembros divinos.
Huyeron los asesinos.
Qué soledad sin colores.
Oh, Madre mía, no llores.
Cómo lloraba María.
La llaman desde aquel día
la Virgen de los Dolores.*

*¿Quién fue el escultor que pudo
dar morbidez al marfil?
¿Quién apuró su buril
en el prodigio desnudo?
Yo, Madre mía, fui el rudo
artífice, fui el profano
que modelé con mi mano
ese triunfo de la muerte
sobre el cual tu piedad vierte
cálidas perlas en vano.*

Gerardo Diego («Penúltima Estación». *Viacrucis*)

SALUDO Y AGRADECIMIENTO

Reverendo padre consiliario; hermano mayor, mi querido, ahora
y siempre, Rafael Ruiz;

Hermanos mayores, representantes de hermandades y autori-
dades;

Queridos directivos y cofrades; queridos amigos.

Señoras y señores.

Gracias a quien corresponda, a quienes corresponda, por dejarme dirigir hoy esta oración.

Tengo que sospechar que el primer instigador fue quien hoy es —y así debe ser— vuestro primer servidor: vuestro hermano mayor Rafael Ruiz, mi querido amigo de momentos dulces y amargos. Y puesto que, gracias a Dios, sé que no es el único amigo con el que cuento en esta hermandad, dejadme que en él resuma mi gratitud hacia todos vosotros.

Buenos amigos me han precedido también en la oración ante Nuestra Señora de las Angustias en este atril del templo de Santa María de la Alhambra. Ángel Luis Sabador, José Luis Ramírez, Eduardo Salamanca, Jorge Martínez, Sergio Berbel... Muchos de ellos, maestros admirados junto a personas de la talla de Mercedes Domenech, Juan Bustos, Enrique Iniesta o Tito Ortiz. He de confesar que me produce vértigo pensar la distancia que me separa de ellos. Pero creo también —os mentiría si os dijera lo contrario— que en la oración todos somos iguales a los ojos de Dios.



Pues eso quieren ser mis palabras: una oración. Oración de exaltación de Nuestro Señor a través de la exaltación de su bendita Madre en su advocación de Virgen de las Angustias de Santa María de la Alhambra. Exaltación porque brota de un corazón sincero, de una persona de carne y hueso, de una seguidora de Cristo que se sabe hecha de barro. Por eso comienzo con las palabras del salmista:

*Abre, Señor, mis labios,
y publicará mi boca tu alabanza.
Pues no te agrada el sacrificio:
si ofrezco un holocausto, no lo aceptas.
El sacrificio a Dios es un espíritu arrepentido;
un corazón arrepentido y humillado, tú no lo desprecias.*
(Sal 51, 17-19).

DAME TU MANO, MARÍA

Y así llego ante ti: cantando tu alabanza, Señor. Arrepentida y humillada en esta Cuaresma de conversión que ya casi termina. Pero ¿termina acaso la conversión? ¿Acaso mi corazón se ha vuelto hacia ti como debiera? Necesito ayuda, Señor. Una mano amiga.

Y por eso te pido, María: dame la mano.

Esa mano, la tuya, que sostiene la mano que hizo el mundo. Mano sobre mano para trabajar por el mundo y en el mundo. Una mano creadora, otra colaboradora. María como origen e inspiración de una nueva Creación. La Virgen, Madre del Hijo Único de Dios y hombre nuevo y glorioso. Por ella, el Padre nos ofrece un nuevo comienzo, un nuevo Adán, una nueva Alianza. Jesús, Hijo del Hombre y hombre nuevo.

Y todo ello es ahora. Todo se concentra en este instante: el momento breve y pleno en que tu mano sostiene la suya. Es solo un escorzo. Como cuando la mano de Dios tocó ese barro del que forjó al hombre. Tu mano roza apenas esa carne divina. Es la tuya una mano delicada, sublime. Una mano abierta, desprendida. Esa

palma y esos dedos componen un cáliz generoso que acoge al Hijo del Hombre; forman el tabernáculo donde, junto al Hijo, tu Hijo, acamparemos todos los hombres.

Por eso te pido, Madre: dame tu mano.

Dame esa mano que sujeta, esa mano que es cáliz, esa mano que es ofrenda. Dame esa mano de firmeza, esa mano que no vacila.

*Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.*

Gerardo Diego («Ofrenda». *Viacrucis*)



Brillan las lágrimas en tu rostro divino... Y, sin embargo, a ti te lo digo: ¡que no está muerto, Madre, que no está muerto! ¿No lo ves? Tu Hijo no está muerto: está en su Pascua, en su paso de la muerte a la vida. Y nosotros que lo creíamos todo perdido... Todos fuimos Pedro: No. No. No. (Tres veces no). Creíamos todo imposible... Y todos fuimos Tomás: Acaso. Tal vez. Quizás. (Y la duda se instaló en nuestro corazón).

Porque somos barro, nos derrumbamos. Porque sabemos de la fragilidad del ser humano, dudamos. Porque desenclavaron al

Maestro para ponerlo en tu regazo, creímos que era el final. Porque lo vimos muerto, creímos que la muerte tenía poder sobre él.

Pero no era así. Lo presentiste cuando tu mano rozaba apenas la suya. Un presentimiento preñado de certeza: la misma con que la fe había alentado en ti durante 33 años: Sí. Sí. Sí. (Tres síes. Y tres más). Treinta y tres. Treinta y tres años de sí.

*La muerte está acunada en tus rodillas
y es la muerte de Cristo redentora.
Muerte de luz que vida da a la vida
y, en vez de ocaso, es manantial de aurora.*

*Pero tu angustia, madre, inevitable
por ser humana muerte, es dolorosa.
Es la muerte de un hijo que ha sufrido
un calvario de escarnios su persona.*

*Ni el luctuoso duelo de tu Hijo
ni la trágica angustia que te aborda
han conseguido ajar tu noble estampa
ni tu belleza ensombrecer, Señora.*

*Y me pregunto yo: ¿Cómo se explica
—¡oh, gran contrasentido de la historia!—
que la opresora angustia que te envida
realce la beldad que Tú atesoras?*

*Has catado la hiel del sufrimiento
y en tu imagen la angustia se denota,
pero en ti late un gran presentimiento:
la muerte de tu Hijo es transitoria.*

*Tu corazón que sufre humanamente
adivina una muerte victoriosa.
Cristo, divino Dios y redentor,
ha de resucitar en plena euforia.*

(Benito Pérez)

CAPITANA DE LA ANGUSTIA

Pero ahora lloras, rota de dolor, cuando te entregan a tu Hijo a los pies de la Cruz. Te sientas para recibirlo como recibiste al arcángel. Para recibir su cuerpo muerto como recibiste la Palabra viva de Dios. Para recibir la promesa de su Resurrección como recibiste la promesa del Espíritu fecundo de Dios. Te sientas, doblada más por el peso del dolor que por el peso de su cuerpo. Cristo no te pesa, nunca te ha pesado. Te pesa nuestra incomprensión, nuestra traición. Te pesan nuestras palabras y nuestros actos. Y, sin embargo, te sientas para recibirlos. Te sientas doblada por nuestro pecado.

También llorabas hace solo un instante. Pero de pie: firme junto al discípulo amado; firme junto a las mujeres; firme frente a la Cruz. Ahí estabas, de pie y doliente. *Stabat Mater*.

*La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.
Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.*

*¡Oh, cuán triste y afligida
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.*

*Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?*

*Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.*

Lope de Vega (*Rimas Sacras*)

Lo viste morir. Sufres el rigor de este cuerpo desmadejado. Alanceado. Azotado. Clavado a un madero. Llevado como el cordero al matadero. Y lo acoges en tu regazo. Te sientas para acunarlo, porque eres Virgen de las Angustias, templo y sede Coronada del Hijo Único de Dios. Eres Virgen de Dolores, que te enseñoreas de nuestras penas y miserias para presentarlas al Hijo en este momento supremo que dura un instante y dura siempre.

Le sujetas la cabeza y la yergues para que lo contemplemos. El Cordero de Dios. El Varón de Dolores. El Siervo de Yahvé. Despreciado. Humillado. El resto de Israel. Y lo presentas al pueblo. A quien quiera verlo. Aquí lo tenéis —nos dices—: *Ecce Homo*, «He aquí el Hombre». Este hijo tuyo del que tú dijiste: «Haced lo que él os diga». Y bien que sabías lo que decías, pues, con tu «Hágase», todo se hizo. Ahora, a los pies del árbol santo, nos lo muestras una vez más y una vez más nos dices: «Haced lo

que él os diga» —y todo se haría, si tuviéramos fe sólo como un grano de mostaza—.

Pero somos barro, bien lo sabemos, y no sale de nuestros labios ese «*Fiat*», ese «hágase» que exhaló tu aliento divino. Y aun así, nos muestras a tu Hijo: porque nada está perdido, todo está por ganar; porque, a pesar de nuestra indolencia, de nuestra desconfianza, de nuestro orgullo, Cristo sigue amándonos hasta el final, una vez más. Y tú junto a él, traspasado tu corazón, una vez más, por una espada de dolor.

*¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.*

*Y, porque a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.*

*Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.*

Lope de Vega (*Rimas Sacras*)



Pero tú no llores, Madre, que el Poderoso hizo obras grandes por ti. Miró tu humillación de esclava para permitirnos a nosotros sacudirnos la esclavitud del pecado. Enaltecíó a los humildes, sació a los hambrientos y nos ofreció la misericordia de generación en generación. Y ya no tenemos motivos para llorar, Madre, sino sólo para proclamar la grandeza del Altísimo.

No llores, Madre, no llores. Porque todo lo haces con él, todo lo haces por él. Y tus lágrimas, Madre, no son de pasión, sino de compasión; tu sentimiento es consentimiento, tu dolor, condolencia: no llores, Madre, no llores.

*Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,
y a la vera del camino
permite que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
no quiero que sufras tanto.*

*Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén:
—No, mi Niño. No, no hay quien
de mis brazos te desuna.
Y rayos tibios de luna
entre las pajas de miel
le acariciaban la piel
sin despertarle. Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emmanuel.*

*¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel
desde el marco del dintel
te saludó: —Ave, María?*

Gerardo Diego («Ofrenda». *Viacrucis*)

QUE SU CRUZ ME ENAMORE

Ese mediodía no lo olvidas, Madre. «Alégrate, María» —te saludó el ángel—. Y así lo hiciste y lo haces. Te alegras porque en ti se ha complacido el Padre y ha habitado el Hijo; y el Espíritu Santo, cubriéndote con su sombra, te ha hecho Virgen Madre de Dios. En ti se nos ha ofrecido la dulzura de los ángeles, la alegría de los afligidos. Tú eres abogada de los cristianos, nuestra defensa ante Dios; eres purísimo incensario de oro, que ha contenido a la Trinidad excelsa.

A nuestros ojos, eres un contrasentido, un imposible. En tus Angustias, eres Madre de la Paz, del Dulce Nombre, de la Consolación. Madre de la Esperanza y de las Angustias. Eres Aurora, Estrella y Luz. Angustias y Maravillas. Reina de los Reyes, de la Victoria, de la Salud. Reina de las Angustias y del Triunfo. Eres María Santísima de la Caridad, de la Merced, de la Misericordia. María Santísima de las Angustias y de los Remedios. Virgen del Amor y Trabajo y Virgen de las Angustias y de la Alegría. ¡Y eres Angustias, Angustias y Angustias! ¡Reina coronada de Santa María de la Alhambra en su casa de la Encarnación!

*¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte
tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.*

*Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.
Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.*

*Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.*

Lope de Vega (*Rimas sacras*)

Amén, sí. Que así sea. Así lo haga Dios. Que su cruz me enamore. Que ame la cruz que me eleva hasta el Padre: «A tus manos encomiendo mi espíritu». La cruz que me liga a mis hermanos: «Mujer, aquí tienes a tu hijo». Que no pueda decir que amo a Dios si desprecio al hermano. A esto estamos llamados los cofrades: a dar cuenta del rostro de Dios a través del culto a nuestros Titulares y de la vida en fraternidad. Y si no somos capaces de hacerlo, es que estamos aún lejos del Reino de Dios. Porque, como bien comprendió el escriba cuando quisieron poner a prueba a Jesús, «amar a Dios con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí

mismo, vale más que todos los holocaustos y todos los sacrificios»
(Mc 12, 32-33).

GETSEMANÍ: LA VOLUNTAD DE DIOS

Y María meditaba todas estas cosas en su interior. Por eso debo decir hoy, en este templo consagrado a ella, que eres también Virgen de la Encarnación. En ti se hizo carne y verdad la voluntad de Dios. Eres María, Madre de Dios. *Theotókos*. La que das a luz a Dios. La que alumbras a Dios entre los hombres. Pero no solo en Belén, sino durante toda tu vida: una vida entera haciendo la voluntad de Dios. Ya fuese acogiendo en tu casa al Espíritu con la visita del arcángel Gabriel, ya fuese dándolo en fecundidad y alegría a tu prima Isabel y a los esposos de Caná, ya fuese siguiendo a tu Hijo en el camino de la cruz.

*Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.
A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa.
A ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.*

Gerardo Diego («Ofrenda». *Viacrucis*)

Cítame en Getsemaní. Allí nos encontraremos, Madre querida, Virgen sagrada María. No buscaremos a los discípulos dormidos. Tampoco al ángel que conforta. No. Buscaremos la oración. Una oración angustiada, dolorosa. La oración de quien sabe que su carne va a ser molida en el lagar. La oración de quien acepta la voluntad de Dios pese al dolor, la incompreensión, la humanidad que nos ata a este barro del que estamos hechos. «Aparta de mí este cáliz». Todos pedimos quedar a salvo del dolor, del sufrimiento. Cristo, hombre verdadero, también lo pide al Padre. «Aparta de mí este cáliz».

Pero vedlo ahí ahora, en el regazo amoroso de su Madre. «Aparta de mí este cáliz». «...Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». De nuevo, el «hágase». En un misterio que nosotros sólo podemos alcanzar a intuir, María puede concebir al Hijo de Dios porque pronuncia el «hágase» que va a aprender de su propio Hijo. «Hágase en mí según tu palabra». Confía en la promesa del Padre y la hace carne. La encarna, Madre de Encarnación, Virgen de las vírgenes. ¡Qué digna Madre del Hijo de Dios! ¡Cómo aprendiste, María, que toda vida auténtica ha de estar en consonancia y enraizar en la voluntad de Dios! ¡Qué maravilla inefable que, gracias a tu confianza, Dios acampase entre nosotros!



Por eso, Santa María de la Alhambra, Virgen de las vírgenes en tu sede de la Encarnación, cítame en Getsemaní. Prensada como la aceituna en el lagar, quiero ser aceite de tu lámpara de virgen prudente que recibe al Esposo (Mt 25, 1-13); lámpara cuya luz

no se esconde en un cajón, sino que se pone en un candelero para iluminarlo todo (Mt 5, 15). Molida como el grano de uva, quiero ser vino de tu cáliz para contagiar la alegría que ofreciste por tu Hijo en las bodas de Caná (Jn 2, 1-11).

Enséñame a orar, Santa María de la Alhambra. Porque el Sábado Santo —tu Sábado Santo—, es día de oración. Un día para la espera activa, para el silencio expectante. Un día para contemplar y reflexionar sobre las promesas de Dios.

Enséñame la oración que tú aprendiste al aceptar la voluntad de Dios. Esa oración dolorosa pero contenida, esa oración temerosa pero confiada de quien, incluso con su Hijo muerto en el regazo, se confía a la voluntad de Dios. Enséñame a pedir no lo que yo quiero, sino lo que Dios quiere de mí. A superar las angustias de la vida, a aceptar el dolor de la existencia, a ver la voluntad de Dios en los signos de los tiempos.

Enséñame a vivir esta vida construyendo el Reino de Dios y dame tu mano, como la tienes dada a tu Hijo, cuando llegue el momento de encontrarme con el Padre.

*Virgen de las Angustias, madre amante,
madre influyente, Tú corredentora,
ayúdame a la hora de mi muerte:
quiero morir en gracia salvadora.*

*No le temo a la muerte, con tu auxilio
la muerte es mero tránsito a la otra,
vida inmortal y eterno paraíso;
doy fe como cristiana, así me consta.*

*Virgen de las Angustias, madre amable,
madre admirable, madre mediadora,
te imploro la merced que me recuerdes
el día que de mi vida Dios disponga.*

*Quiero que mi alma vuele hasta tu falda
y hacia ese cielo que los justos gozan,
se pose en tus rodillas reclinada
y le abras las puertas de la gloria.*

(Benito Pérez)

...LLEGA LA GLORIA

Pero para mí la gloria, tengo que confesarlo, vive en Arabial.

Es la gloria de este cuerpo desmadejado que la Virgen de las Angustias ha paseado el Sábado Santo por Granada, y que el Padre ha resucitado al tercer día con el poder, el vigor y la fuerza del Dios de la Vida.

Es la gloria de Cristo Resucitado tras la que corre su Madre de Alegría, Reina del Mundo en Arabial y Sagrario del Dios vivo en Alonso Cano.

Es la gloria que me honro de proclamar por las calles de Granada el Domingo de Resurrección entre campanas de alegría infantil.

Es la gloria sobre la que tú meditas, Virgen de las Angustias Coronada en Santa María de la Alhambra, y que se ha hecho realidad, anuncio y promesa en Cristo Resucitado.

*Cristo, alegría del mundo,
resplandor de la gloria del Padre.
¡Bendita la mañana
que anuncia tu esplendor al universo!
En el día primero,
tu resurrección alegraba
el corazón del Padre.*

*En el día primero,
vio que todas las cosas eran buenas
porque participaban de tu gloria.*

*La mañana celebra
tu resurrección y se alegra
con claridad de Pascua.
Se levanta la tierra
como un joven discípulo en tu busca,
sabiendo que el sepulcro está vacío.*

*En la clara mañana,
tu sagrada luz se difunde
como una gracia nueva.
Que nosotros vivamos
como hijos de luz y no pequemos
contra la claridad de tu presencia.*

(De la Liturgia de las Horas)

Y, aunque el Sábado Santo la ciudad entera sale a coronarte como Virgen de la Alhambra y de Granada, año tras año mi corazón se divide: corre de la Sabica a la Vega, del barrio de Arabial al Centro. Se instala en las parroquias de la Encarnación, de Regina Mundi, de Santa María de la O. Te contemplo Virgen de las Angustias y Virgen de la Alegría. Y espero.

La Cristiandad entera espera. Contiene el aliento porque presente ya el aliento de Dios, el hálito que da vida. Enciende fuegos donde quema lo viejo y prende cirios nuevos con olor a cera pura y a incienso. El interior de los templos brilla con luces inusitadas y resuena con campanas repicantes. Entramos como hombres y mujeres viejos y salimos como hombres y mujeres nuevos. Entramos huérfanos y desolados y salimos como

ciudadanos del Reino que Dios quiere para nosotros en la tierra.
Es Sábado Santo y llega la gloria.

Y la gloria, ya lo he dicho, vive en Arabia.

¡Alegría!, ¡alegría!, ¡alegría!
La muerte, en huida,
ya va malherida.
Los sepulcros se quedan desiertos.
Decid a los muertos:
«¡Renace la Vida,
y la muerte ya va de vencida!»
Quien le lloró muerto
lo encontró en el huerto,
hortelano de rosas y olivos.
Decid a los vivos:
«¡Le vio jardinero
quien le viera colgar del madero!»
Las puertas selladas
hoy son derribadas.
En el cielo se canta victoria.
Gritadle a la gloria
que hoy son asaltadas
por el hombre sus «muchas moradas».
(De la Liturgia de las Horas)



Es Sábado Santo y ya llega la gloria.

La gloria de haber malherido a la muerte.

La gloria de los sepulcros desiertos.

La gloria del hortelano que cuida nuestras rosas y olivos.

La gloria de derribar las puertas selladas.

La gloria de la victoria.

La gloria de asaltar las moradas del Padre.

La gloria, la gloria y la gloria de tener una Madre a la que
coger de la mano.

La mano delicada, sublime, a la que no tocó la muerte ni el
pecado.

La mano abierta y desprendida que es cáliz generoso.

La mano que conforma el tabernáculo donde acamparemos
todos los hombres.

Junto al Hijo. Siempre junto a Él, siempre con Él.

Como tú, Virgen de las vírgenes en el templo santo de tu
Encarnación en Santa María de la Alhambra.

¡He dicho!